

JEAN-MICHEL SALLMANN

INDIOS Y
CONQUISTADORES
ESPAÑOLES
EN AMÉRICA
DEL NORTE

HACIA OTRO EL DORADO

Traducido del francés por Ramón García

ALIANZA EDITORIAL

Este libro ha recibido una Ayuda a la Edición del Ministerio de Cultura y Deporte



Título original: *Indiens et conquistadores en Amérique du Nord*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Payot & Rivages, 2016

© de la traducción: Ramón García Fernández, 2018

© Alianza Editorial, S. A., 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-240-1

Depósito legal: M. 19.178-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

CUADRO CRONOLÓGICO	11
INTRODUCCIÓN	13
1. HERNÁN CORTÉS Y EL MUNDO GLOBAL	19
De la exploración a la conquista	20
La búsqueda del estrecho	24
Hernán Cortés y China	30
La búsqueda del paso hacia el mar del Sur	35
Las islas de las Especias	39
2. LA FLORIDA DE CABEZA DE VACA	47
Los primeros descubridores: Juan Ponce de León y otros	48
La expedición de Pánfilo de Narváez	52
Sálvese quien pueda	62
Una vida entre los indios	65
3. EL MISISIPI DE HERNANDO DE SOTO	73
Un veterano de las guerras de Perú	74
De Sanlúcar de Barrameda a Apalachee	77
De Apalachee a Coosa	85
Mavila y Chicaza	91
La muerte de Hernando de Soto	97

8 INDIOS Y CONQUISTADORES ESPAÑOLES EN AMÉRICA DEL NORTE

4.	LA COMPETENCIA FRANCO-ESPAÑOLA EN FLORIDA	107
	Los proyectos de Luis de Velasco	108
	Florida, apuesta americana en los conflictos europeos	115
	Nueva Francia, la expedición Ribault de 1562-1563	119
	La expedición Laudonnière de 1564-1565	124
5.	LA VICTORIA ILUSORIA DE LA MONARQUÍA CATÓLICA.....	133
	La reacción española	134
	La imposible sumisión de Florida	144
	Menéndez y los cacicazgos indios	150
	Las entradas de Juan Pardo	153
6.	LAS EXPEDICIONES A LA TIERRA NUEVA	159
	Nueva Galicia, base de partida para el extremo norte	160
	La misión de fray Marcos de Niza	163
	La expedición de Vázquez de Coronado	169
	Cíbola a la vista	173
	Quivira, en las orillas del Arkansas	177
	El regreso a Nueva España	180
	Hernando de Alarcón, en la desembocadura del Colorado y del Gila	183
7.	LA ORGANIZACIÓN DE UNA EXPEDICIÓN	187
	Unas nociones de logística	187
	La composición de las tropas	192
	Mandos y oficiales	198
	El problema del avituallamiento	203
8.	LOS PARAÍDOS PERDIDOS	215
	La búsqueda de la gloria	216
	Hacer fortuna	220
	La salvación de las almas	231
9.	UNA GUERRA ASIMÉTRICA.....	243
	La resistencia indígena	244
	Los sistemas de defensa	250
	Las técnicas de guerrilla	258
	Estrategia y táctica españolas.....	264
10.	LAS SOCIEDADES INDIAS ANTE LA MIRADA DE LOS EUROPEOS ...	273
	El fracaso de las teorías de Las Casas	274
	Asombro e incomprensión	283
	Cahokia, la Tula de América del Norte	293
	CONCLUSIÓN.....	303

NOTAS	311
ANEXO	325
FUENTES	335
BIBLIOGRAFÍA	341
ÍNDICE ONOMÁSTICO	347

CUADRO CRONOLÓGICO

1492 (1 de enero):	Capitulación de Granada.
1492 (12 de octubre):	Cristóbal Colón, en Bahamas.
1494 (7 de junio):	Tratado de Tordesillas.
1497:	John Cabot, en Terranova.
1503 (20 de enero):	Creación de la Casa de Contratación en Sevilla.
1512:	Promulgación de las Leyes de Burgos por las que se crean las encomiendas en América.
1513 (2 de abril):	Juan Ponce de León en Florida.
1513 (septiembre):	Descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa.
1519:	Alfonso Álvarez de Pineda localiza las costas desde Florida al Pánuco.
1519-1522:	Vuelta al mundo de Magallanes.
1520 (20 de mayo):	Victoria de Hernán Cortés en Cempoala.
1521 (13 de agosto):	Toma de Tenochtitlán por Cortés.
1521:	Intento fallido de colonización de Juan Ponce de León en Florida.
1524:	Creación del Consejo de Indias.
1524:	Giovanni da Verrazzano entre Cape Fear y la bahía de Nueva York.
1526:	Expedición de Lucas Vázquez de Ayllón a Florida.
1527-1528:	Expedición de Pánfilo de Narváez a Florida.
1531:	Creación del Reino de Nueva Galicia con Compostela como capital.

- 1533 (15 noviembre): Toma de Cuzco por Francisco Pizarro.
- 1534: Primer viaje de Jacques Cartier a San Lorenzo.
- 1535: Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España.
- 1536 (julio): Regreso de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y de sus tres compañeros a Culiacán.
- 1539-1543: Expedición de Hernando de Soto a Florida y al valle del Misisipi.
- 1539: Expedición de fray Marcos de Niza y de Estebanico a Cíbola.
- 1540-1542: Expedición de Francisco Vázquez de Coronado a Nuevo México.
- 1540 (agosto): Hernando de Alarcón, en el estuario del Colorado.
- 1540 (18 octubre): Batalla de Mavila.
- 1541 (3 marzo): Batalla de Chicaza.
- 1541 (15 marzo): Batalla de Chicazilla.
- 1541 (16 abril): Batalla de Alibamo.
- 1542: Promulgación de las Nuevas Leyes de Burgos por las que se suprimen las encomiendas.
- 1542 (21 de mayo): Muerte de De Soto en Guachoya.
- 1550: Luis de Velasco, virrey de Nueva España.
- 1555-1559: La «Francia Antártica» en la bahía de Río de Janeiro.
- 1559 (marzo-abril): Tratado de Cateau-Cambresis entre España y Francia.
- 1559-1561: Fracaso de Tristán de Luna y Arellano en la bahía de Ochuse (Mobile).
- 1561: Fracaso de Ángel de Villafañe en La Punta de Santa Elena.
- 1562-1563: Expedición de Jean Ribault a Charles-Fort.
- 1564-1565: Expedición de René de Laudonnière a Fort-Caroline.
- 1565 (junio-julio): Entrevista de Bayona entre Felipe II y Catalina de Médicis.
- 1565 (septiembre): Pedro Menéndez de Avilés funda San Agustín y liquida la Florida francesa.
- 1567-1568: Expediciones de Juan Pardo entre Santa Elena y Coosa.
- 1763 (10 de febrero): Tratado de París. España cede Florida a Inglaterra. Repatriación a Cuba de los últimos 89 indios de San Agustín.
- 1848 (2 de febrero): Tratado de Guadalupe-Hidalgo entre México y Estados Unidos por el que estos se anexionan los territorios mexicanos al norte del Río Grande.

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de abordar las conquistas americanas del siglo XVI, solemos considerar preferentemente las que tuvieron éxito, como la gesta de Hernán Cortés en México o el increíble concurso de circunstancias que tan favorable resultó a los hermanos Pizarro en Perú. Por lo general se callan los fracasos, como si no se tratase más que de incidentes menores, en una secuencia en la que la superioridad castellana terminó siempre por imponerse. Pero en América del Norte las cosas no se desarrollaron de esa forma. Todas las empresas de conquista o colonización fracasaron y algunas se saldaron con verdaderas catástrofes en el plano humano, por no hablar de las sumas considerables perdidas en vano. Es ciertamente interesante comprender los éxitos, pero tampoco está de más considerar las razones por las que esos mismos conquistadores siempre han conocido el fracaso en el territorio norteamericano. En este ámbito no hay azares. El modelo militar adoptado por los españoles para apoderarse de los altiplanos mesoamericanos y andinos no convenía a los espacios desmesurados de América del Norte. Pero cabe preguntarse, sobre todo, ¿valían esos territorios la pena? Todo indica que, en menos de medio siglo, los españoles se habían hecho con la América útil, desde su punto de vista, y que ya alrededor de 1540 ese esfuerzo de conquista pierde em-

puje. Las miradas se vuelven entonces hacia el Pacífico, Filipinas y el inmenso mercado chino más remunerador¹.

Conocemos las expediciones hacia los grandes espacios norteamericanos por un conjunto de crónicas, algunas de las cuales han sido redactadas por escritores de talento, y que cabe considerar como contribuciones a la literatura universal más que como meros relatos históricos. Pero, en mi opinión, esta historia también se ha resentido de consideraciones nacionalistas que han disminuido su alcance. Después de que los españoles se retiraran de Florida en el siglo XVIII y de que abandonaran, mediado el siglo siguiente, todos los territorios que ocupaban al norte del Río Grande, la historia de esas regiones cambió de naturaleza. En la gesta colonial española poseía una dimensión casi universal o al menos planetaria. A partir de 1848 se inscribe en la protohistoria de la nación americana. Así es como las crónicas de la expedición de Hernando de Soto sirvieron, en un primer tiempo, para jalonar el territorio atravesado por aquel ejército, cartografiarlo y situar en él los cacicazgos indios encontrados por los españoles. En el ínterin se había erigido una frontera entre los Estados Unidos de cultura anglosajona y un mundo mesoamericano y caribeño de cultura mayoritariamente hispánica. ¿No resulta curioso leer todavía hace poco, en una publicación prestigiosa, que ciertos historiadores estadounidenses de talento, especializados en los pueblos indígenas del sudoeste de Estados Unidos (Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado) se niegan a considerar la faceta mexicana so pretexto de que no son competentes en historia mexicana²? Se puede comprender que esos textos, crónicas o archivos, hallazgos arqueológicos y relatos mitológicos puedan servir para reconstituir la historia de las regiones en las que la nación estadounidense todavía no había impuesto su autoridad, pero es también una manera de reducir su alcance a una dimensión de erudición local cuando, en la mente de los que en el siglo XVI participaron en esas empresas, las financiaron o las promovieron, formaban parte de una perspectiva mundial. Esta es la dimensión que desearía devolver a esta historia.

La zona geográfica que nos interesa es muy amplia. Abarca desde la desembocadura del Colorado, al oeste, pasa por el sur de Arizona,

Nuevo México, Texas, Arkansas, el valle del Misisipi, desde Luisiana hasta el norte de Memphis, y el sudeste de Estados Unidos, incluido Tennessee, Alabama, Carolina del Sur, Georgia y Florida. Durante mucho tiempo, los españoles no llegaron a determinar su inmensidad, lo que causó gran parte de sus reveses. En un primer tiempo con el término «Florida» se designaba el interior de la costa norte del golfo de México, desde el río Pánuco, que en la actualidad se encuentra en el estado mexicano de Tamaulipas, hasta Florida propiamente dicha. Cuando tomaron conciencia de la distancia que separaba esas dos regiones, se refirieron a las «Floridas» en plural y esta es la forma en que se utiliza el término durante todo el siglo XVI, hasta que Florida terminase por designar al estado actual, el único lugar donde los españoles consiguieron asentarse durante cierto tiempo³. Se trata de zonas bajas de clima subtropical, abundantemente irrigadas por ríos y azotadas por huracanes y tormentas tropicales. En la costa abundan las lagunas y la navegación es peligrosa a causa de los vendavales brutales e imprevistos. Las columnas de soldados atravesaban sin cesar ríos y pantanos. Al progresar sobre un suelo esponjoso, también tuvieron que padecer un clima invernal extremadamente riguroso en aquellos años en los que no se hablaba, como hoy, de los peligros del calentamiento climático, sino más bien de los efectos de una «pequeña era glacial»⁴. Los españoles se aventuraron poco en las montañas, tanto al sur de los Apalaches como al este del Misisipi, o, al oeste, en los montes Ozark.

No fue así al oeste del río Pecos, en Nuevo México y en Arizona, una región que los españoles designaron con el nombre de Tierra Nueva. Se trata de tierras altas que pertenecen al inmenso arco montañoso que bordea la fachada occidental del continente americano, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, y cuyas cumbres con frecuencia superan los 3.000 metros en esas latitudes. Su clima es muy riguroso, muy cálido y seco, incluso desértico, en verano y muy frío en invierno, sobre todo en aquel período de enfriamiento general del clima. Las poblaciones indias se habían refugiado en los valles donde practicaban una agricultura de oasis muy elaborada. A pesar de su distanciamiento, las sociedades indias que los españoles llamaron

«Pueblos» estuvieron, a lo largo de su historia, en contacto constante con las sociedades indias de las altas mesetas centrales. Estaban urbanizadas, hablaban lenguas uto-aztecas próximas de las de México central y desarrollaron unas culturas refinadas en el plano tanto moral como intelectual. Aquellos indios pueblo no tenían gran cosa en común con los cacicazgos del Misisipi, más salvajes y cuya forma de vida más elemental era mal comprendida por los españoles, que desconfiaban de ellos. Los conquistadores de la Tierra Nueva, la mayoría de los cuales residían en México desde la caída de Tenochtitlán, se sentían un poco en casa en esas pequeñas ciudades que les recordaban el sur de España.

Los proyectos de exploración de América del Norte por los españoles forman parte de un contexto general cuyo ritmo es sorprendentemente rápido. Los castellanos necesitaron una veintena de años para dominar las Antillas y una treintena para controlar América Central. Posteriormente, en esa misma zona geográfica, las modificaciones y ajustes son solo marginales. Si bien Florida, el valle del Misisipi, Nuevo México y California constituyen por mucho tiempo territorios de posible conquista, su interés a los ojos de los conquistadores, tentados por la aventura, o de la monarquía católica, atraída por sus expectativas de recursos, se agota lentamente ante los fracasos repetidos. Esta es la historia caótica, dramática, cruel para todos los protagonistas españoles o amerindios, que voy a relatar en un intento de comprender las razones por las que esos territorios, que han proporcionado y proporcionan todavía su riqueza a los Estados Unidos actuales, fueron considerados por los españoles del siglo xvi lugares inhóspitos, o incluso las puertas del Averno.

Antes de emprender el estudio de las propias expediciones, conviene sin embargo situarlas en un contexto más general para entender todos los condicionamientos geopolíticos. Pues aquellos hombres no acudieron allí por casualidad. Tenían proyectos, sus intenciones se nutrían de informaciones más o menos exactas, de mitos, de expectativas materiales y espirituales. Movilizaron capitales enormes para proyectar, a miles de kilómetros de sus acuartelamientos, cuerpos expedicionarios que a veces alcanzaban el millar de hombres, acompa-

ñados de centenares de caballos. Y luego todo se vino abajo tan rápidamente como el movimiento que los había originado. La realidad no casaba con sus sueños, hasta que los proyectos de colonización se redujeran a proporciones más modestas, aun cuando, a comienzos del siglo xvii, un autor tan respetado como el Inca Garcilaso de la Vega todavía entonaba la apología —hoy en día hablaríamos de la promoción— de una Florida ornada de mil virtudes. Todo esto es lo que me propongo revivir en este libro, sin olvidar, por supuesto, a los primeros habitantes de esas tierras, hábiles agricultores del Neolítico, valerosos guerreros capaces de dar la vida para defender la tierra de sus antepasados, que habían sabido crear una civilización suficientemente refinada como para que, a pesar de que estuviera en declive, los españoles hubieran podido cubrirla de elogios.

HERNÁN CORTÉS Y EL MUNDO GLOBAL

Apenas veinte años: ese fue el tiempo que necesitaron los españoles para localizar las islas del archipiélago antillano y las costas del continente entre, a grandes rasgos, la actual Carolina del Norte y las bocas del Orinoco. Diez años más tarde todas las islas estaban conquistadas y una parte del propio continente, la comprendida entre el trópico de Cáncer y el istmo de Panamá, había pasado a estar bajo dominio español. Una progresión tan fulgurante no puede sino dejarnos atónitos si se toma en consideración la distancia que mediaba entre los centros de decisión —Valladolid o Sevilla— y su campo de aplicación, los medios de que disponían los conquistadores, que eran sin duda exorbitantes para la época, pero técnicamente rudimentarios a nuestros ojos. Sin olvidar, naturalmente, las poblaciones locales, que pronto quedaron barridas en las islas pero que no se rindieron sin combatir, y mucho más aguerridas y agresivas en el continente, hasta el punto de mostrarse capaces de repeler a los cuerpos expedicionarios enviados para someterlas y de infligirles a veces cuantiosas bajas. En ese contexto general, la ancha franja de territorio que se extiende desde la desembocadura del Colorado hasta el Atlántico, constituyó, a mediados del siglo XVI, la última frontera septentrional de la colonización española en América.

De la exploración a la conquista

Antes de abordar esta cuestión conviene establecer previamente el trasfondo, trazando a grandes rasgos la historia de la incursión de los europeos en una zona geográfica de la que nada sabían. En su primer viaje, Cristóbal Colón desembarca, el 12 de octubre de 1492, en la isla de Guanahaní del archipiélago de las Bahamas, que bautiza con el nombre de San Salvador (Waitlings Island en la actualidad). Explora el conjunto del archipiélago antes de enfilar el sur, hacia Cuba, cuya posición determina, y Santo Domingo (La Española o Hispaniola), cuya costa septentrional recorre. En su segundo viaje —leva anclas en Cádiz el 25 de septiembre de 1493—, destinado a colonizar Santo Domingo, adopta una ruta más meridional que la del año anterior y va localizando el arco de las Antillas Menores (Dominica, Marigalante, Guadalupe, La Deseada, las Islas de los Santos), hasta Puerto Rico, antes de llegar a Santo Domingo. A principios del año siguiente explora Cuba y Jamaica. El tercer viaje dura poco —el verano de 1498— y solo le permite explorar una parte del litoral de la actual Venezuela, entre la isla de la Trinidad y la isla Margarita, así como el estuario del Orinoco, que toma por un río del paraíso terrestre. En el año siguiente los Reyes Católicos le privan de sus títulos y privilegios y tendrá que esperar varios años antes de emprender su cuarto y último viaje, el más largo (mayo de 1502-noviembre de 1504), pero también el más provechoso desde el punto de vista científico, un viaje durante el cual explora la costa del continente americano desde el cabo Honduras al golfo de Darién. Por lo tanto, Cristóbal Colón, por sí solo, localizó el conjunto del archipiélago antillano y una parte de las costas de América Central y América del Sur¹.

Pero ya no era el único en recorrer esos espacios antes desconocidos. Ansiosos por emular sus éxitos, numerosos exploradores y aventureros de toda condición se habían precipitado a descubrir el Nuevo Mundo para buscar allí libertad, honor y riqueza. Esas expediciones estaban dirigidas desde España por dos consejeros influyentes de los Reyes Católicos, el obispo de Badajoz, Juan Rodríguez de Fonseca, encargado de los asuntos de ultramar en el Consejo de Castilla, y el

secretario personal de los reyes, Lope de Conchillos. Ambos eran allegados de Fernando de Aragón y defensores de la prerrogativa real. Se trataba de adversarios incondicionales de Cristóbal Colón y de los privilegios desconsiderados que le había otorgado la Corona de Castilla según las Capitulaciones de Santa Fe de 1492. Para Colón se había acabado, pues, el título de virrey, con prerrogativas exclusivas para el nombramiento de oficiales en las tierras descubiertas, y concluido también el diezmo (10%) de todas las rentas de las nuevas colonias. Tras un largo proceso, la familia Colón se veía desposeída de todas esas ventajas y las tierras americanas volvieron a ser de derecho común. Pero la mejor manera de atajar las ambiciones de Cristóbal Colón era buscarle rivales. La Corona española recurrió a esa táctica siempre que un conquistador demasiado emprendedor intentaba hacerle sombra o comportarse de manera demasiado independiente. Así ocurrió más tarde con Hernán Cortés en Nueva España y con los Pizarro en Perú. En 1499, provisto de capitulaciones firmadas por Juan de Fonseca, Vicente Yáñez Pinzón, uno de los primeros compañeros de Colón, recorre la costa norte de Brasil y de la Guyana, desde el cabo San Agustín hasta las bocas del Orinoco y la costa de Venezuela. En enero de 1500 será el primer europeo en entrar en el estuario del Amazonas y remontar parte de su curso. En ese mismo año de 1499, también con el apoyo de Fonseca, Alonso de Ojeda explora las bocas del Orinoco y la costa de Venezuela —«la Venecia pequeña»—, nombre que da al país por su presunta semejanza con el golfo de Venecia. Desde entonces, la Corona sabrá cómo enfrentar a unos clanes rivales con otros para debilitarlos y reforzar su control sobre las tierras recién descubiertas².

Tras la destitución de Cristóbal Colón se envía un nuevo gobernador a Santo Domingo en 1502, Nicolás de Ovando, que fue sustituido en dicho puesto por Diego Colón, el hijo del Almirante. A partir de ese momento, todo se acelera. Se coloniza la isla, se reprimen las revueltas indígenas y, desde esa cabeza de puente, proliferan las expediciones en todo el Caribe. Tras el tiempo de los reconocimientos, a partir de la base de Santo Domingo, se abre el tiempo de la Conquista. En 1505 Vicente Yáñez Pinzón ve sus esfuerzos recom-

pensados con el título de capitán general y de corregidor de Puerto Rico, pero la conquista de la isla no se realiza sino a partir de 1508, tras el nombramiento de Juan Ponce de León para el puesto de gobernador. El año siguiente Diego Colón envía a Juan de Esquivel, antiguo brazo derecho de Nicolás de Ovando en las guerras contra los indígenas de Santo Domingo, a conquistar Jamaica. En 1511 es Diego Velázquez de Cuéllar, perteneciente también al clan de los Fonseca, quien parte al asalto de Cuba. En pocos años se somete la isla. En torno a 1515, las cuatro Antillas Mayores —Santo Domingo (o La Española), Puerto Rico (o Isla de San Juan Bautista), Jamaica y Cuba (o Isla Fernandina)— han caído bajo control español, pero las autoridades locales y los colonos deben enfrentarse a dos obstáculos fundamentales. En primer lugar, un problema económico que tiene que ver con la explotación propiamente dicha de los territorios conquistados. Las guerras, las deportaciones y la explotación desenfrenada han contribuido a la eliminación casi total de las poblaciones indias. Los colonos se ven obligados a ir a buscar en otras partes la mano de obra necesaria para el aprovechamiento de sus propiedades. El segundo problema es de orden geopolítico. Se sabe ya que las tierras recién descubiertas no pertenecen al continente asiático, tampoco son las islas de las especias de las que tantos beneficios se esperaban, sino que se trata de un nuevo continente que viene a ofrecerse a las ambiciones de Europa. De inmediato, la búsqueda de un paso que condujera a Asia se convierte en una obsesión tanto para la monarquía como para los conquistadores, y también para sus adversarios.

Para paliar la falta de mano de obra indígena, se lanzan incursiones en el continente. Este es también un medio excelente para desembarazarse de las bandas de trotamundos y aventureros un poco turbulentos que perturban la vida local. Con un poco de suerte podrían encontrar nuevos territorios que conquistar donde podrían asentarse y, si no, les matarían los indios o acabarían en el fondo del mar. Fue en estas expediciones donde Francisco Pizarro, el conquistador de Perú, o Bernal Díaz del Castillo, el compañero de Cortés en la conquista de México, hicieron sus primeras armas. Tras haber vagabundado por las islas del Caribe, los españoles vuelven la mirada

hacia el continente, fijándose en dos puntos en particular, el golfo de Darién, en Colombia y actualmente en Panamá, y la península de Yucatán, en México. Las expediciones a Darién parten de Santo Domingo, las que se dirigen a Yucatán salen de Cuba. Así, Alonso de Ojeda, después de haber recibido el título de gobernador de una Nueva Andalucía aún por conquistar, partió de Santo Domingo en 1509 con 300 hombres y desembarcó no muy lejos de Cartagena de Indias, en la Colombia actual. Las redadas de esclavos, que fueron muy frecuentes desde el comienzo del decenio de 1500, habían alzado a la población indígena contra los invasores, que perdieron muchos hombres en los combates. Ojeda volvió a navegar hacia Santo Domingo con el fin de obtener socorro, dejando atrás una pequeña colonia al mando de Francisco Pizarro, en un asentamiento que acababa de fundar en San Sebastián de Urabá. Como la posición se volvía insostenible frente a la presión de los indios, Vasco Nuñez de Balboa sugirió a Pizarro desplazar la colonia hasta el oeste del río Urabá, en una ciudad que se fundó en 1510 con el nombre de Santa María la Antigua del Darién. Así nació aquella «Tierra firme» que en lo sucesivo se conocería por el nombre oficial de Castilla de Oro. Fue de Santa María de donde partió Balboa en 1513 para atravesar el istmo de Panamá y descubrir el Mar del Sur, que nosotros conocemos como océano Pacífico. La colonia de Castilla de Oro cobró su auge a partir de 1513 y del nombramiento de Pedro Arias de Ávila —o Pedrarias Dávila— como gobernador y capitán general, quien no vaciló en eliminar físicamente a su yerno y rival Balboa. Aquel conquistador, taimado y brutal, pero también hábil comerciante, fundó la ciudad de Panamá en 1519. A partir de ese momento, la Castilla de Oro vivió una existencia propia orientada hacia el tráfico de oro y el comercio a través del istmo, y enseguida a lo largo del litoral del Pacífico. También desempeñó un papel determinante en la conquista de Perú durante los años 1532-1535.

Yucatán se convirtió más tarde en una de las preocupaciones de los conquistadores españoles. Es posible que Vicente Yáñez Pinzón y su piloto Juan Díaz de Solís avistaran sus costas en 1508-1509, cuando partieron a la búsqueda de un paso hipotético hacia el oeste, a la al-

tura de Honduras. En cualquier caso, solo después del final de la conquista de Cuba se planteó en esa isla, menos poblada ya que Santo Domingo, la cuestión de la mano de obra. Se organizaron varias expediciones oficiales a partir de Cuba, aun cuando hubo aventureros que empezaron sus correrías por las orillas del país maya, a título privado. En 1517 la primera de las expediciones promovidas por el gobernador de la isla, Diego Velázquez de Cuéllar, bordeó las costas de Yucatán desde el cabo Catoche, en el extremo septentrional de la península, hacia el sudoeste hasta la altura de Champotón. Los españoles fueron repelidos por los guerreros mayas. El año siguiente la expedición encabezada por Juan de Grijalva siguió aproximadamente la misma ruta y conoció más o menos la misma suerte. En 1519 una tercera expedición, integrada por 11 naves y 450 hombres, partió subrepticamente de La Habana. A su mando estaba Hernán Cortés, que se había convertido en un rebelde perseguido por la animadversión feroz hacia su antiguo protector, el gobernador de Cuba, y todos los leales a este. La historia es conocida. Dos años más tarde Cortés entraba victorioso en Tenochtitlán, tras someter al imperio de la Triple Alianza³. Los curtidos veteranos que sobrevivieron a esas guerras de conquista en las Antillas, en Centroamérica y en Perú suministraron gran parte de sus oficiales a las expediciones al norte de los años 1530 a 1540.

La búsqueda del estrecho

Más adelante volveré a exponer la visión que tenía Cortés sobre los asuntos del mundo, pero en aquella época había otra cuestión que preocupaba mucho a los políticos españoles, la de la travesía del continente americano que permitiera llegar directamente al Pacífico y desde allí a China y a las islas de la especiería (las Molucas). Cristóbal Colón fue el último en seguir convencido de haber llegado a Asia. Muy pronto resultó evidente que las tierras descubiertas pertenecían a otro continente cuya existencia se desconocía hasta entonces, un Nuevo Mundo, por utilizar el término empleado por el primer cro-

nista de la Conquista, Pedro Mártir de Anglería, o la América, como la llamara ya en 1507 Martin Waldseemüller, el editor de las obras de Américo Vespucio (Amerigo Vespucci)⁴. Por muy interesante que pudiera ser ese nuevo continente, no se trataba de Asia, con sus mercados de productos de lujo que fascinaban a los europeos desde hacía siglos, y si bien muchos aventureros, atraídos por aquellas nuevas tierras, tenían la intención de establecerse allí o de hacer fortuna con rapidez, para otros, así como para la Corona española, América no debía ser sino una etapa en la ruta hacia Asia. La cuestión del descubrimiento de un estrecho que permitiese abrir una vía marítima desde el mar del norte (el océano Atlántico) al mar del sur (el océano Pacífico) se convirtió en una cuestión estratégica para todos los Estados europeos que habían emprendido exploraciones marítimas, pero más aún para Castilla, que en esas rutas debía hacer frente a la competencia de Portugal⁵.

Es necesario retrotraerse unos cuantos años para comprender la importancia que podía tener el descubrimiento de esa ruta. Durante todo el siglo xv, los portugueses se habían esforzado en llegar al océano Índico rodeando África. Vieron coronados sus esfuerzos en 1487, cuando Bartolomeu Dias rodeó el cabo de Buena Esperanza. Les parece, a partir de entonces, que el mercado asiático de las especias se abre para ellos, aun cuando todavía necesiten una decena de años para llegar a la India meridional. Pero cinco años más tarde Cristóbal Colón desembarca en las Antillas y, desde su vuelta en la primavera de 1493, se inician grandes maniobras diplomáticas en un clima de emulación entre las cortes de Portugal y Castilla que recurren al arbitraje del papa. A partir del 4 de mayo de 1493, Castilla obtiene de Alejandro VI la bula *Inter cetera* que acaba con el monopolio de los descubrimientos que el papado había otorgado hasta entonces a Portugal. Se inician a continuación unas negociaciones entre Castilla y Portugal para definir las áreas de influencia respectivas de ambas potencias, que concluyen con la firma del Tratado de Tordesillas el 7 de junio de 1494. Entre otras cláusulas, ese texto prevé un reparto del mundo según un meridiano trazado a través del Atlántico: al este de dicho meridiano los portugueses obtienen el monopolio de